



#### CAPÍTULO XIV

##### NUEVA FASE DE LA NOVELA HISTÓRICA

Fernando Patxot, Luque, Cánovas, Vicceto, Balaguer, González del Valls, Navarro Villoslada, Beequer, A. de Esecalante, Castelar, etc.

**L**A musa de Walter Scott fué ave de paso en la ardiente y tempestuosa atmósfera del romanticismo; pero muy en breve, y en días de más serena calma, ensayó nuevamente su vuelo inspirando á una hueste de novelistas, en la que, á par de los aficionados sin vocación ó sin talento, se cuentan unos pocos elegidos, comparables con los más insignes imitadores de otros países, ya que no lleguen á la excelstitud del modelo.

Aunque parezca raro encabezar la serie con el nombre de D. Fernando Patxot <sup>1</sup>, misterioso y celebrado autor de *Las ruinas de mi convento* <sup>2</sup>, en ninguna otra parte estaría mejor la crítica de este libro atendiendo á sus excepcionales condiciones. De

<sup>1</sup> Nacido en Mahón (Isla de Menorca) el 24 de Septiembre de 1812, y muerto en Barcelona el 3 de Agosto de 1859.

<sup>2</sup> *Historia contemporánea. Las ruinas de mi convento*. Barcelona, 1851. 2.<sup>a</sup> edición aumentada con *Mi claustro, por Sor Adela*, Ibid., 1856. 3.<sup>a</sup> edición con una tercera y última parte, *Las delicias del claustro y mis últimos momentos en su seno*. Barcelona, 1858. *Las ruinas, etc.*, y *Mi claustro, por Fernando Patxot*. Ibid., 1871.

histórico aunque moderno asunto, muy poca semejanza conserva con las novelas del género; mas, por otro lado, si el autor se aproxima á los románticos franceses en la complicación é interés de las aventuras, ni aun en eso pierde su independencia y su originalidad, fundadas en el objeto que pretendía conseguir, y que no fué tanto componer una obra más ó menos literaria, como perpetuar en ella la espantosa catástrofe de 1835, excitando la piedad hacia las víctimas y la indignación contra los verdugos. *Las ruinas de mi convento*, primera parte de la novela, y única que en realidad la constituye, logró, apenas publicada, un éxito sorprendente en España y en casi todas las naciones europeas, siendo traducida al francés, al alemán, al italiano y á otros idiomas.

La elección de un asunto tan cercano y de tan pavorosa importancia es el mayor acierto de Patxot, quien, encubierto durante muchos años por el velo del anónimo, fué tenido unas veces por fraile franciscano, otras por un D. Manuel Ortiz de la Vega, nombres todos inventados por la curiosidad y la conjetura. Mucho contribuyeron estas circunstancias externas á la difusión del libro; pero algo hay en él más hondo, origen de tantos entusiasmos, y es la ingenuidad y el calor del sentimiento en que allí se respira como en deleitosa atmósfera; sentimiento de fuerza irresistible, aunque á veces se transforme en insípida candidez y enfadosa sensiblería.

Eso acontece en los primeros capítulos, donde asoman entre celajes los amores y melindres platónicos de Manuel y Adela, expuestos en interminables diálogos y cartas almibaradas, cuando no por el simbólico lenguaje de la flores. Pero al cesar todas esas incongruencias, junto con la impiedad absurda é incipiente de Manuel, comienzan á sucederse en gradación sostenida las escenas más trágicas y conmovedoras, desde la última despedida del mancebo y su enfer-

medad colérica, hasta la profesión religiosa y ulteriores aventuras. Aquel asistir en vida á sus honras fúnebres, aquel ¡ay! espantoso exhalado por una mujer incógnita que viene á herirle en el momento mismo de consagrarse á Dios, son prelude digno de las descripciones subsiguientes: la matanza de los frailes con su lúgubre acompañamiento de orgías, maldiciones y blasfemias, la entrada del P. Manuel con su Mentor en las escondidas catacumbas del monasterio, la muerte del P. José á los golpes del asesino, y la milagrosa salvación del protagonista. Hay en ésta tanta variedad de incidentes, peligros y esperanzas; con tal viveza de colorido aparecen el misterioso fantasma forjado por la soldadesca, los planes del piloto y de Andrés para salvar á su antiguo conocido, la exposición á fracasar en que se encuentran cuando, oculto el P. Manuel entre los escombros, se ve ya á dos pasos de sus encarnizados perseguidores, el arrebatado toque de la campana que les dispersa, y los caminos todos por donde viene á escapárseles su víctima, que, á una, la imaginación y las pasiones se agitan con rápidos estremecimientos, y no hay manera de sustraerse á este influjo múltiple y concertado.

¡Y qué heroísmo el del fraile en exponer su vida para salvar la del piloto! ¡Qué incidentes los que preparan la conversión del empedernido blasfemo! Acaso no la justifican por entero, acaso quedan algunos vacíos en la narración; pero todo ello se da al olvido al seguirla con creciente impaciencia, y se desestiman los pormenores ante aquel espectáculo sombrío y majestuoso con la majestad de las tinieblas y la muerte. La maestría con que van eslabonándose tales escenas, con acrecentamiento del interés y sin mengua de la verosimilitud, compensa el disgusto producido por las primeras y descoloridas páginas de la obra.

En cuanto á su segunda y tercera parte, no sólo afean el conjunto, sino que apenas contienen, con ser

tan largas, un solo dato importante y desconocido, reduciéndose á insulsas variaciones sobre un tema, emparejadas con el bosquejo inexacto y larguísimo de las costumbres monacales, y la historia apologética de las mismas, en que nada hay bueno fuera de la intención. Si una mano experta mejorase la primera parte, introduciendo en ella lo muy poco aprovechable de las dos siguientes, ganarían la novela, la religión y la literatura. No menos necesaria sería una expurgación severa en el estilo, que por lo invariablemente inculco y desaliñado, por el amasijo de voces peregrinas y el mal corte de la frases, contrasta dolorosamente con los primores y relativa perfección del fondo. Así refundidas *Las ruinas de mi convento*, serían lectura tan conveniente á las personas indoctas por sus atractivos y su intachable moralidad, como por ese concepto y por el de la forma á los más escrupulosos literatos.

No militaba Patxot en ninguna escuela determinada, y por eso dista tanto su novela de las que entonces se escribían, sin que se encuentren allí rastros de imitación como se encuentran en casi todas las demás. Hasta en *La dama del Conde-Duque*<sup>1</sup>, una de las más breves y descoloridas, se ve esa influencia del medio ambiente que por todas partes se respiraba, así en el asunto que desde luego nos lleva al asendereado siglo XVII, como en la forma de narración, que, sin ser rigurosamente la del inmortal novelista escocés, obedece, cuando no al mismo, á algunos otros de los modelos en boga. El amor idealista y romancesco del pintor Herrera hacia la calumniada señora de Río-Bello, descubre al estudioso imitador de nuestro antiguo Teatro nacional, del que están directamente trasladados damas y galanes con todos los discreteos amorosos peripecias íntimas y aventuras de encrucijada consi-

<sup>1</sup> *La dama del Conde-Duque. Novela histórica original de D. Diego Luque.* Madrid, 1852.

güentes. El paso en que llegan á declararse su pasión mutua el humilde artista y la encofetada dama del Conde-Duque, es de un efecto que hace olvidar la inverosimilitud. Respecto al mismo Conde-Duque, no queda tan adulterada su fisonomía que no la reconocamos en la insaciable ambición, en el desdeñoso orgullo para con sus servidores, y en el dédalo de intriguillas palaciegas, causa de su elevación y de su estrepitosa caída.

Junto á Diego Luque debe figurar el entonces incipiente literato D. Antonio Cánovas del Castillo, que en *La campana de Huesca*<sup>1</sup> se mostró émulo poco feliz de Walter Scott, apasionado de las tradiciones populares, sobre todo las referentes á la Edad Media, y erudito más versado en arcaísmos de lenguaje que en misterios psicológicos. No era Cánovas entonces el político de universal nombradía, el orador parlamentario ni el publicista de hoy; pero ya apunta en él la reflexiva madurez y el laborioso estudio, tan reñidos con los hervores de la juventud. El fondo de la acción no está indeciso y mal delineado, como pudiera sospecharse, sino que reproduce con bastante exactitud el color de la época en que se desenvuelve. El alcázar real de Huesca y el monasterio de Mont-Aragón, los Monarcas, los ricos-homes y la plebe, el tecnicismo de la indumentaria y de la guerra, todo está colocado á buena luz aunque sin la ilusión mágica del arte.

El flaco de la novela se oculta en la parte más íntima, en la pereza con que se mueven sucesos y personajes, en la pesadez del diálogo y en el desapasionamiento con que toca y refiere el autor un drama tan rico en situaciones y tan palpitante en interés. No hay

<sup>1</sup> *La campana de Huesca, crónica del siglo XII, por D. Antonio Cánovas del Castillo, con cierto prólogo cortado al uso y ajustado con mano amiga al cuerpo de la obra por El Solitario.* Madrid, 1854. (Hay tres ediciones posteriores.)

modo de estudiar con más fruto que en este arranque, verdadero ó falso, del Rey Monje la titánica lucha entre la Monarquía y el feudalismo, y el vigoroso despertar de la una, antes misera y enflaquecida, para dar por el pie á la fuerza del coloso secular. El partido que de aquí podía sacarse era inmenso; pero los personajes no están á la altura de su representación, y lo que debió ser cuadro de grandiosas proporciones se convierte en esbozo ligerísimo y fría reproducción de una conseja para noches de invierno.

Entre los aciertos del novelista se distingue la descripción del almogávar, simbolizada en el rudo y valiente Aznar, descripción conforme en sus líneas generales con los datos de la historia. En el terreno de la novela era casi nuevo un tipo tan artístico y original, que por su mismo aspecto de rustiquez primitiva y semisalvaje alcanza no sé qué majestad propia suya y digna de la epopeya. El es el verdadero héroe de la novela; él quien salva al Rey monje después de su coronación dando muerte al desbocado caballo en que iba D. Ramiro; él quien le arranca de la prisión en que le encierran los nobles, y le saca victorioso de la lucha comenzada contra ellos; él quien ejecuta por su propia cuenta la terrible justicia de cortar sus cabezas, agrupándolas, para formar la campana famosa de que habla la tradición. Pero la figura de D. Ramiro resulta empequeñecida, endeble y vulgar la de su esposa Doña Inés, y mal dispuesto el desenlace.

Casi se perdonan los pecados de fondo y forma en que incurrió el Sr. Cánovas cuando se recuerdan los gravísimos de Benito Vicceto, del infeliz narrador á quien alguien ha apellidado con la mejor buena fe el Walter Scott de Galicia<sup>1</sup>. Dijérase de él que fué un me-

<sup>1</sup> *Los hidalgos de Monforte. Historia caballerisca del siglo XV.* Madrid, 1857.—*Rojín Rojal, ó el paje de los cabellos de oro. Historia caballerisca del siglo XI.* Madrid, 1857.

diano discípulo de Fernández y González en lo que éste tiene de extremoso, y quedaría la verdad en su punto. Descartando la pasión revolucionaria que hierve en *Los hidalgos de Monforte*, nos encontramos con un Conde de Lemos, medio tirano y medio tonto, casado con una sílfide tierna y sentimental (Ildara de Courel), que se enamora de uno de los hidalgos ó guardias del castillo y comete la simpleza de contárselo así al Conde, su esposo. El tal Adonis, Amaro de Villamele, es hijo nada menos que del Mariscal Pardo de Cela, caudillo principal de los hermanos de Galicia, ó sea de una insurrección democrática del siglo XV, que al bueno del autor le parece igual á las del reinado de Doña Isabel II. Sucede además que algunos hidalgos hacen traición al Conde de Lemos, y que éste muere peleando al frente de sus tropas contra las del Mariscal, y que Ildara, después de muertos su marido y su amante, se consagra al amor platónico del último. El novelista conoce que los lances de su obra son inverosímiles, y echa la culpa al cronista á quien sigue y á la realidad de las cosas, más fecunda á veces en portentos que la misma fantasía.

Así fué siempre Benito Vicceto, y bien podríamos dar todo cuanto dejó escrito por unas cuantas páginas del Walter Scott auténtico, mal que pese á las decisiones ciegas del paisanaje.

Lo que Vicceto con las tradiciones regionales de Galicia, practicó Víctor Balaguer con las catalanas y provenzales, entregando á la voracidad de un público curioso y cosmopolita (quizá mayor en América que en España) los complicadísimos relatos <sup>1</sup> *La guzla del cedro, El doncel de la reina, La espada del muerto, El del capuz colorado, La damisela del castillo, Un cuento de hadas, El ángel de las centellas, El anciano de Favencia é Historia de un pañuelo.*

<sup>1</sup> Cito los escogidos por el autor para formar los tomos XXVI y XXVII de sus *Obras*. (Barcelona, 1891.)

Un insigne jurisconsulto valenciano, conocedor como pocos del lenguaje y las costumbres españolas en la Edad Media, probó á imitar el uno y reproducir las otras en el ensayo que lleva por título *El caballero de la Almanaca*<sup>1</sup>. Sólo el colector del Romancero, Don Agustín Durán, y el erudito Hartzenbusch habían intentado hasta entonces cosa parecida, y en verdad que se necesita esfuerzo para sostenerse en una relación tan larga como la de González del Valls sin incurrir en traidoras infidelidades. Las descubriría de fijo un zahorí, aunque no habían de ser muchas ni de grande significación, en cuanto se puede conjeturar por una lectura no muy reposada ni escrupulosa.

Yo no sé si aquí es tan principal el argumento como la forma; pero hay en él situaciones tan hermosas y patéticas, tal intimidad de afectos y tan simpático candor, que no desdirían en obra de mayores alientos. El férreo pero generoso corazón de Garci-Pérez, y la varonil intrepidez de Doña Sol; los halagos y tentaciones con que procuran rendir su fidelidad mutua Zahira y Abenzulhec respectivamente, y dominando sobre todo la sencillez no afectada con que el autor se hace eco fidelísimo de las creencias, sentimientos y supersticiones propios de la época, trasladan la fantasía á un país ideal, lleno de encantos y misterios.

Mas ya es hora de juzgar á nuestro gran novelista histórico, al Walter Scott de las tradiciones vascas, cuyo glorioso nombre, hoy un tanto obscurecido por preocupaciones de distinta procedencia, ha de colocar la posteridad en un lugar muy alto. Ya antes de 1848 era conocido de propios y extraños D. Francisco Navarro Villoslada<sup>2</sup> por sus obras *Doña Blanca de Nava-*

<sup>1</sup> *El caballero de la Almanaca*.—Novela histórica, escrita en lenguaje del siglo XIII, por D. Mariano González del Valls. Madrid, 1859.

<sup>2</sup> Nació en Viana (Navarra) el 9 de Octubre de 1818. Estudió la gramática latina en su pueblo natal, Filosofía y Teología en la Universidad de Santiago, y Derecho en la de Madrid. En 1840 in-

rra y *Doña Urraca de Castilla*, de que se hicieron traducciones á varias lenguas. Todas las prendas que solicita el género, lo verídico de la narración, el conocimiento y dibujo de las figuras, y sobre todo aquel acomodarse á las costumbres de remotos siglos y civilizaciones, haciéndolas sentir en vez de analizarlas friamente, descubren al novelista de raza, que no lo es, como tantos otros, por capricho ó por afición estéril. Allí se ve la Edad Media tal como fué, sin velos ni reticencias, con su carácter idealista y aventurero, sus luchas sangrientas entre raza y raza, entre instituciones é instituciones, sus grandezas, crímenes y desigualdades. Intrigas de corte, tragedias de amor, indómitas aristocracias y desenfrenos del populacho, todo aparece al natural gracias al estudio reflexivo y á la perspicacia propia del verdadero ingenio. Sin ser aparatosa-mente conmovedores y extraños, guardan los incidentes un orden inalterable, obedecen á impulsos y pasiones de verdad, sucediéndose con rapidez, pero sin violencias de ninguna clase.

*Doña Blanca de Navarra* es una galería de escenas hermosamente iluminadas, así en lo que tiene de ficción como en lo que tiene de historia, destacándose en el fondo la virginal fisonomía de la infortunada Princesa. No agrada tanto como la primera parte la segunda con que aumentó su obra el autor, estimulado por

---

gresó en la Redacción de la *Gaceta*, quedando cesante en Septiembre del mismo año. Sus artículos en *El Español*, *La España*, el *Semanario Pintoresco* y en muchas otras publicaciones, y sus primeras novelas, le crearon una reputación sólida, universalmente respetada. Después de haber sido secretario del Gobierno de Alava, y sucesivamente oficial tercero, segundo y primero del ministerio de la Gobernación, renunció á todo cargo público en 1858 para fundar *El Pensamiento Español*, excelente diario católico. Un artículo contra el vandalismo de Ruiz Zorrilla valió á Navarro Villoslada ser conducido en 1869 á las prisiones del Saladero. Afiliado al partido carlista, que le hizo diputado y senador, luchó incansable por el triunfo de sus ideas, á las que continúa fielmente adherido desde el retiro del hogar, donde vive alejado del mundo é indiferente á los halagos y desdenes de la fama.

el éxito, y acaso también por la fecundidad del asunto.

Cuando escribió estas dos novelas era Navarro Villoslada un jóven de grandes alientos sobre quien llegó á pesar la dirección de tres distintas publicaciones, entre ellas el *Semanario Pintoresco Español*. Sus envidiables talentos de novelista estuvieron ociosos muchos años, en los que, consagrándose de lleno á los afa-nes del periodismo, colaboró en *El Padre Cobos* y fundó *El Pensamiento Español*, donde insertaba artículos de política candente junto con la famosísima serie de los *Textos vivos*, máquina de guerra contra la heterodoxia universitaria. Buscando el reposo al fin de esta carrera, no menos abundante en glorias que en amarguras, volvió á tomar en las manos la pluma de su juventud, y de esta resolución felicísima nació en la obscuridad y el silencio su inmortal *Amaya*<sup>1</sup>.

Cuando apareció, llegaba á su apogeo la novela española en brazos de Galdós y Pereda; pero, aunque sonroje el decirlo, la *Amaya* sólo encontró lectores y elogios en una parte del público, formada en su inmensa mayoría por los correligionarios del autor. Las Revistas que disertaban largo y tendido sobre *Gloria* y *La Familia de León Roch*, sobre *Salivilla* y *El copo de nieve*, ni siquiera se dignaron saludar la obra en que volvían á reverdecer los lauros de nuestro primer novelista histórico. Ciertamente que llegaba á deshora, que el género estaba soberanamente desacreditado, y que le sustituían otros nuevos más en armonía con las exigencias de la época; pero ¿dónde está la decantada libertad en el arte, si en diez ó veinte años se convierte en motivo de desdén lo que fué objeto de entusiasmos ardientes? Fuera de que el no ser esta reserva universal da á entender que en ella intervinieron muchas

---

<sup>1</sup> *Amaya, ó los vascos en el siglo VIII, novela original histórica por D. Francisco Navarro Villoslada*. Madrid, 1879; tres tomos en 8.º Antes, y por primera vez, se publicó en *La Ciencia Cristiana*.

razones, y no todas literarias, sino hijas en gran parte del fanatismo de secta, que no quería rendir tributo de alabanza á un *neocatólico* tan resuelto, aunque de tanto valer, y que, introduciéndose descaradamente en el campo neutral de las letras, apartaba desdeñosa sus ojos del rayo de la verdadera inspiración.

En bien contadas ocasiones fué más ostensible la injusticia. Dejemos á un lado los pueriles ejercicios de retórica sobre si cabe la epopeya en los límites de la civilización actual, y si necesariamente ha de encerrarse en ésta ó aquella forma determinada, quiero decir, si son posibles las epopeyas en prosa. Discútanlo los nuevos Herosillas, y, sin hacer caso de sus resoluciones, digamos con seguridad que el fondo de la *Amaya*, y lo mismo los caracteres, el objeto y los episodios, son rigurosamente épicos por su desusada grandeza y su aspecto primitivo. Se respira allí un aire de sencillez ingenua, patriarcal y homérica; hay en algunos cuadros no sé qué inimitable verdad, emanada directamente de la naturaleza virgen, sin las alteraciones introducidas por los refinamientos de las sociedades adultas, y otras veces sentimos el estruendo de las instituciones que caen, y el conflicto de ideas con ideas, y ejércitos con ejércitos, ó presenciarnos el ocaso de una civilización decrepita, y el nacimiento de otra formada sobre sus ruinas por la fe y el patriotismo.

El duelo á muerte entre el Imperio visigodo y los vascos, convirtiéndose en fusión venturosa contra los hijos del Islám, el triunfo de la Cruz sobre los heredados y seculares odios de las dos razas; ¡qué epopeya tan magnífica y deslumbradora! Así lo comprendió el poeta de las tradiciones éuscaras, que ha sabido comunicarles el soplo de la inmortalidad, encarnándolas en los personajes de la obra sin tropezar con los escollos del simbolismo exagerado.

Sirve en ella como de centro, al que convergen todas las partes, la purísima figura de Amaya, en cuyo

nombre compendió la profecía los destinos de la Euscaria. Corre por las venas de la angelical criatura la sangre goda del tiufado Ranimiro con la sangre vascongada de su madre Lorea (Paula); y si por esto último le corresponde el dictado de hija de Aitor (el Patriarca venido del Oriente y fundador del pueblo vasco), tócale también una parte del odio con que los habitantes de aquellas montañas miran á su perseguidor Ranimiro. A pesar de semejante prevención, á pesar de la guerra tenaz que mueve la pagana Amagoia contra los derechos de su sobrina, vive y alienta para defenderlos, y para custodiar los tesoros de Aitor, una mujer en quien toma la fidelidad aspecto y proporciones de locura. Contra los cuidados de Petronila se estrellan las pretensiones del judío Eudón, protegido de Amagoia, y las de Teodosio de Goñi, que obtiene la mano de otra Amaya distinta de la auténtica. En vano la ambición pérfida de los israelitas, y la debilidad de los godos, y las preocupaciones erróneas de los vascongados, contrarían los designios de la Providencia. García Jiménez, el caudillo de Abarzuza, el formidable debelador de los enemigos de la Vasconia, el pudoroso amante de la hija de Ranimiro, es el llamado, juntamente con ella, á realizar las esperanzas de su pueblo, fundando un trono que servirá de baluarte á la futura reconquista. En toda la serie de dramáticas aventuras que preceden al anhelado desenlace domina la figura de Amaya, tipo de ideal hermosura realzado con los atractivos de la naturaleza, la virtud y la persecución inmerecida, envuelto en azulados y transparentes cendales, sobre los que brilla un nimbo de celeste luz: creación, en suma, digna del pincel de Murillo.

Casi tan feliz como la de Amaya es la de su esposo García, cuyas legendarias proezas hacen volver los ojos, no á *La Iliada*, sino al Romancero español, ó también á la narración bíblica; alma de ángel en

cuerpo de atleta, héroe de la fe y del amor que refleja las grandezas de Amaya como refleja un astro los esplendores de otro superior y más luminoso. De su atolondrado rival, Teodosio de Goñi, perpetrador casi inconsciente de un parricidio, y luego solitario ejemplar, encerrado en inaccesible gruta y redimido de su crimen, no tanto por la asidua penitencia como por el generoso perdón que otorga á su infame consejero ya moribundo; de este mismo consejero, falso Mesías de Amagoya; del santo Obispo Marciano y demás personajes accesorios, cabe asegurar que cada uno en su esfera es un dechado, y que todos se mueven á compás y sin embarazarse, conservándose idénticos á sí mismos en medio de las más diferentes circunstancias.

El fondo de la novela no ofrece menos variadas y deleitosas perspectivas, desde la tranquilidad de las montañas hasta las turbulencias de que se convierte en teatro la Península después de la invasión sarracena y la jornada del Guadalete. La significación de los judíos entre los visigodos, sus cábalas, arterías y disimulos aparecen personificados en Abraham Abén Hezra y en su hijo Eudón. En cuanto á las creencias, mitad primitivas, mitad supersticiosas, del pueblo vasco, y especialmente la que se refiere al tesoro de Aitor, producen, por su lejanía y fabulosa antigüedad, un efecto algo semejante al de la Mitología griega y romana.

Tal es, sin contar las bellezas del estilo, siempre adecuado al objeto, y siempre pulcro sin afectación, esta novela de *Amaya*, monumento literario cuyo valor, como he dicho antes, han de estimar en lo justo las generaciones futuras, menos preocupadas que la presente.

La plácida y serena melancolía connatural en el espíritu del malagrado Becquer, y que informa todas sus Rimas, le inspiró también una serie de leyendas en

prosa <sup>1</sup> que algunos ponen sobre las Rimas en mérito literario; pero como hay mucho de pueril y caprichoso en estas discusiones, no he de engolfarme en ellas para no ocupar inútilmente la atención de los lectores. Estas leyendas tienen cercano parentesco, no sé si debido á la casualidad, con los cuentos de Hoffman, que ya desde 1839 corrían traducidos en castellano, y con algunas baladas alemanas, cuyo indeciso y vaporoso aspecto era muy simpático á Becquer. En cambio, y á pesar de las apariencias, dista mucho el autor español del desmandado Vizconde d'Arlincourt, porque la afición de uno y otro á lo sorprendente y extraordinario reconoce muy diversas causas, y no es en Becquer ni tan sistemática ni tan exclusivista como en el novelista francés, sin sumar las divergencias de forma, que son muy notables. El idealismo en que reboan las Leyendas es dulce y reposado, con otros fines superiores al de herir la fantasía por medio de espectros y lobregueces, como lo acostumbra á hacer el Vizconde.

El precursor más inmediato de Becquer es Zorrilla, porque ambos poseen ese instinto de lo misterioso, esa aparente credulidad en todo cuanto ha forjado la fecunda inventiva del vulgo, esa facultad de leer con los ojos interiores en las ruinas del desmoronado castillo, en la gótica catedral y la vetusta abadía, cosas veladas para los profanos y escritas en el polvo por la mano de los siglos. Becquer, menos ardoroso que Zorrilla, prefirió las tradiciones extrañas, y sobre que se cierne algún poder incógnito y sobrenatural, á esas otras más verosímiles, en que sólo intervienen las pasiones humanas con sus tortuosidades y violencias.

Los asuntos son genuinamente españoles, si se ex-

<sup>1</sup> Coleccionadas en el tomo I de sus obras. En las cartas *Desde mi celda* introduce algunos episodios que son verdaderas leyendas.

ceptúan los de *La Creación* y *El caudillo de las manos rojas*, referentes á la historia de la India, y por cierto interpretadas con gran exactitud, que hizo á algunos tomar por traducción lo que era parto original y espontáneo. Pulo Dheli, el magnífico señor de Osira, y Siannah, *la perla de Ormuz... la que formó Bermach en un delirio de placer, combinando la gentileza de las palmas de Nepous, la flexibilidad de los juncos del Ganges, la esmeralda de los ojos de una Shiva, la luz de un diamante de Golconda, la armonía de una noche de verano y la esencia de un lirio salvaje del Himalaya*, estas dos peregrinas creaciones parecen engendradas en la fantasía de un poeta oriental.

Las demás Leyendas de Becquer, como *Maese Pérez el organista*, *La cruz del diablo*, *El Cristo de la Calavera* y *El Miserere*, están cortadas por un solo patrón. Impalpables y sutiles fantasmas, apariciones aterradoras que surgen en medio del silencio y las tinieblas, palacios encantados donde habitan los gnomos y las sílfides, ensueños de amor ideal que despiertan los rayos de la luna con sus vagos resplandores: tales son los componentes obligados de estas Leyendas. Todas obedecen á lo que antes llamé instinto del misterio, al afán de ver en éste otros mundos poblados de seres tan reales como el hombre; todas encierran en el fondo una aspiración á lo infinito, de esas que atormentan á las almas soñadoras como la de Becquer, mal avenidas con la prosa de la realidad.

Por esta y por otras razones produce tan honda impresión *El Miserere*, esfuerzo último del ingenio para revestir con palabras lo que sólo cabe en el idioma de los espíritus. ¡Qué concierto aquél, entre celestial y salvaje, arrancado de las tumbas, símbolo de los dolores y miserias que afligen á toda la humanidad! ¡Qué imagen tan acabada de la creación en el arte no es el obscuro romero empeñado en traducir las gigantes ideas grabadas en su mente por el canto sepulcral de

los cadáveres redivivos! ¿Cuándo se expresó con más fidelidad lo que es la fiebre del genio, la desesperada lucha por dar forma á lo que no puede tenerla por su misma infabilidad?

La prosa de Becquer, semejante á música hablada ó á choque rítmico de perlas y cristales, cautiva á la vez por el tesoro de las imágenes descriptivas y por la harmoniosa dulzura, de que antes había dado alguna muestra Enrique Gil.

Muy de diversa manera entiende las bellezas de estilo y lenguaje el reputado escritor montañés conocido por *Juan García*, y que por su nombre verdadero se llama D. Amós de Escalante, *pintor idealista*, en expresión de Menéndez Pelayo, *rico en ternuras y delicadezas, que ha envuelto el paisaje de la montaña cantábrica en un velo de suave y gentil poesía*. Estudiosísimo de la lengua castellana, finge desconocer las mutaciones esenciales introducidas en ella por el lento andar de los siglos, y desluce el mérito de sus imitaciones clásicas por la mezcla de vocablos modernísimos con otros anticuados, de que no quisieron ya usar nuestros prosistas del siglo XVI. De este purismo afectado adolecen sus cuadros de costumbres, sus relaciones de viaje <sup>1</sup> y la leyenda histórica titulada *Ave Maris Stella* <sup>2</sup>, que es, entre todas sus obras, la más extensa y apreciable.

Su argumento se entreteje con las discordias de una noble familia montañesa, cuyos dos representantes, D. Diego y D. Alvaro, pretenden la mano de una misma doncella, pereciendo el segundo ahogado en las aguas del Saja, convirtiéndose el primero antes de su muerte ayudado por su otro hermano Fr. Rodrigo, y

<sup>1</sup> *De Manzares al Darro.—Del Ebro al Tiber.—Costas y montañas.—En la playa. (Acuarelas.)*

<sup>2</sup> *Ave Maris Stella. Leyenda montañesa del siglo XVII, por Juan García. —Madrid, 1877.*



quedando así trágicamente extinguido el linaje de los Pérez de Ongayo. No se busquen aquí el calor y el apasionamiento que parecen irradiar de suyo las situaciones, sino más bien la apacible tranquilidad con que se sobrepone á ellas el novelista, desentendiéndose de las más culminantes para pintar un paisaje ó una marina con verdadera delectación morosa.

Si se exceptúa á D. Diego, los personajes no accesorios de la novela, desde Fr. Rodrigo hasta doña Mencía, están respirando bondad y sentimiento, que, discretamente variados, no empalagan por la monotonía. Fray Rodrigo, con su inalterable mansedumbre, su carácter de pacificador y sus admirables virtudes, recuerda, aunque de lejos, al Fra Cristóforo de *I promessi sposi*, como advirtió ya Menéndez Pelayo. En medio de los primores de la forma tiene *Ave Maris Stella* el defecto de la prolijidad en los diálogos, que embaraça y á trechos destruye el interés de los incidentes más conmovedores, resultando la acción, aunque tan dulce y simpática, algo pobre y como desleída.

Cosa semejante hizo Emilio Castelar en *Fra Filippo Lippi*<sup>1</sup> al referirnos los amores del célebre pintor con Lucrecia Buti: buscarse un tema para disertar largo y tendido sobre el Renacimiento y la Italia en la segunda mitad del siglo XV, con el estilo amplificador y lujuriente que es en él característico, y que, con otras razones no menos poderosas, habla muy mal de sus aptitudes como novelista. Todavía es inferior á la precedente la novela *Santiaguillo el Posadero*, apología de las guerras civiles que siguieron en Alemania á la proclamación de la pseudo-Reforma, serie de repugnantes escenas que quieren ser panorama de las violencias feudales, libro farragoso y de difícil lectura. Varios otros del mismo género lleva publicados el Sr. Castelar, con una vocación tan cons-

<sup>1</sup> Barcelona, 1879.

tante como la del escaso público que los compra. Sirve de excepción honrosa *El suspiro del moro*, donde reaparecen brillantemente coloridas algunas tradiciones referentes á la conquista de Granada.

Los insignes arqueólogos y arabistas D. Francisco J. Simonet y D. Rodrigo Amador de los Ríos han vulgarizado la historia del pueblo musulmán en España juntando la erudición con el arte narrativo, aquél en las narraciones *Almanzor* (1857), *Merien* (1858) y *Cammar*, y Amador en la titulada *Al-Casar-ul-Mansur (El palacio encantado)* (1885) y en *La leyenda del Rey Bermejo* publicada recientemente en la Biblioteca *Arte y Letras*<sup>1</sup>, y en la que se pinta con negros colores al usurpador Abu-Said, condenado á muerte por D. Pedro I de Castilla.

En *El monje del monasterio de Yuste*<sup>2</sup> describe Leandro Herrero con tanta verdad como atractivo los últimos momentos del Emperador Carlos V y la caballeresca figura de D. Juan de Austria, completando el grupo con la del capitán Barrientos, custodio y defensor del joven bastardo, y la del anciano Ruy Gómez de Varela, en cuyas venas arde un odio de muerte contra Carlos V por creerle culpable de la de dos descendientes suyos. Los hijos del último de ellos, Conrado y Magdalena, aman á D. Juan, lo cual no impide que se concierte un duelo entre los infortunados amigos, oportunamente frustrado por la intervención de Ruy Gómez y por las solemnes palabras con que el invicto Emperador jura, ante el sepulcro de las víctimas, no haber podido evitar la efusión de sangre que mancha los blasones de los Varelas. El incipiente amor de Magdalena y D. Juan se desvanece con la ausencia del futuro vencedor de Lepanto, dejando ver en lejana perspectiva el blanco velo de la doncella convertida en

<sup>1</sup> Barcelona, 1890.

<sup>2</sup> Madrid, 1871.—Segunda edición. Madrid, 1883.

esposa de Jesús, y el perfil del pajecillo de Yuste agigantado con las proporciones del heroísmo.

Con el mismo espíritu, aunque en forma distinta que Antonio de Trueba, han celebrado las tradiciones de su país los novelistas vascongados José M. Guizeta (*La bocina de Roldán, Mastacarri*, etc.), Santiago Manteli en *La dama de Amboto*, Juan V. Araquistain en *Gauilla, La emparedada de Irrazábal, Los cántabros, Las tres olas, Beoti-bar-co-celaya, La hilandera de la capilla*<sup>1</sup> y en *El Basojaun de Etumeta*, y Vicente Arana en *Los últimos iberos, leyendas de Euskaria*<sup>2</sup>.

Finalmente, no ha faltado quien, siguiendo las huellas del alemán Jorge Evers, aprovechase como fuente de inspiración los descubrimientos egiptológicos, pues no á otro propósito obedecieron los sabios autores de *El sortilegio de Karnak*<sup>3</sup>, José R. Mélida é I. López. A pesar de todo la novela histórica apenas tiene hoy vida en España, y el escaso número de ellas que se publican no pasan de ser desviaciones individuales y pasajeras del realismo imperante, consagrado por el ejemplo de los autores y por la afición del público.

<sup>1</sup> *Tradiciones vasco-cántabras*. Tolosa, 1865. La última del volumen (*La dama de Morumendi*) está escrita en verso.

<sup>2</sup> Madrid, 1882.

<sup>3</sup> Madrid, 1880.



## CAPÍTULO XV

### RENACIMIENTO DE LA NOVELA DE COSTUMBRES

Fernán Caballero<sup>1</sup>.

**D**os tendencias simultáneas predominaron en la novela cuando comenzaron á calmar los fervores románticos en las personas sensatas: la ejemplaridad docente, y el amor á la realidad viva y concreta, despertado en cierto modo por los escritores de costumbres. Síntesis y personificación de las dos tendencias fueron las obras de una mujer ilustre con

<sup>1</sup> Con este nombre, que lo es de un pueblecillo de la Mancha, firmó todos sus escritos doña Cecilia Böhl de Faber, hija del erudito hispanófilo de igual apellido. Vino al mundo la insigne novelista el 24 de Diciembre de 1796 en Morgues (Suiza); «pero su madre, dice un biógrafo, salió de España embarazada, cosa en que ella insistía mucho en su empeño de que nadie la tuviese por extranjera». Vino muy joven á la que fué su patria adoptiva, y á los diecisiete años contrajo matrimonio con el Capitán Planelles, del que no tardó en enviudar, casando sucesivamente con el Marqués de Arco Hermoso y con D. Antonio Arrón de Ayala. La Reina doña Isabel II ofreció á Fernán Caballero en el alcázar de Sevilla una residencia, de que disfrutó hasta la revolución de 1868. Desde esta fecha vivió modestísimamente en una casa humilde de la misma capital, consagrándose menos á las letras que al recogimiento místico y á las obras de caridad. La muerte de Fernán (7 de Abril de 1877) puso de manifiesto las simpatías de que dis-